

La dictadura del proletariado según Lenin

La necesaria crítica al líder de la revolución bolchevique.

Con motivo del centenario de la muerte de Lenin, es necesario rescatarlo del olvido, pero para criticarlo constructivamente en busca de una reformulación de la teoría revolucionaria que posibilite nuevos intentos de superar el capitalismo. La revolución social no será posible sin considerar las experiencias prácticas del pasado, sus aciertos y sus errores, sin evolucionar la teoría revolucionaria. Dicho de otra forma, sin teoría revolucionaria *actualizada*, no habrá *nueva* práctica revolucionaria (o la que habrá será errática y abocada al fracaso).

Si tenemos que ser fieles a los revolucionarios clásicos, es sobre todo a su metodología y espíritu, y no tanto a sus ideas. Probablemente, si Marx o Lenin vivieran en nuestra época se criticarían a sí mismos y reformularían sus propias teorías en función de los resultados prácticos obtenidos. Yo pienso que Marx sería muy crítico con un “marxismo” intocable y dogmático. De hecho, llegó a decir que él no era marxista. Toda una declaración contra el dogmatismo y el sectarismo. Y yo creo que lo mismo le pasaría a Lenin, sería muy crítico con un “leninismo” convertido en un acto de fe.

El mejor homenaje que se puede hacer a los revolucionarios clásicos es proseguir con su trabajo. Sinceramente, creo que esto es lo que les hubiera gustado más, no que se asuma sus ideas como verdades irrefutables, sino que se retomen y se mejoren, incluso se corrijan. Sus imprescindibles aportaciones seguirán vivas si se las cuestiona, si se intenta perfeccionarlas, no si se las acepta como mandamientos religiosos incuestionables. Marx, Engels, Lenin, Trotsky,..., eran ante todo revolucionarios *científicos*, no utópicos. El socialismo *científico* supuso un gran avance con respecto al socialismo *utópico* que le precedió. Mostró que una sociedad mejor, sin explotadores ni explotados, era científicamente, realmente posible, no sólo un bello sueño. Pero para que siga siendo verdaderamente posible, la ciencia revolucionaria debe seguir siendo científica. Y el pilar de la Ciencia, de cualquier ciencia, es que la práctica manda sobre la teoría, la praxis es la jueza suprema de las ideas.

En cualquier caso, lo importante no es ser fiel a Marx o a Lenin, sino a la causa de un mundo mejor y a una metodología que lo posibilite: el método científico. Tras el fracaso de la URSS es ineludible repensar a Marx, y también a Lenin. Rescatar de ellos lo que es válido, lo que sigue siendo válido (que yo creo que es mucho, la mayoría de las ideas que postularon), pero despojar de sus teorías los posibles errores que contribuyeron a una praxis fracasada. Porque no puede achacarse el fracaso en la práctica revolucionaria *sólo* al contexto, a las circunstancias del momento histórico (que, indudablemente, contribuyeron mucho), también había errores ideológicos profundos. Obviamente, estamos hablando de las ideas generales que pueden

aplicarse a distintos lugares y a nuestra época, no de aquellas que tenían que ver con la situación concreta de la Rusia de principios del siglo XX.

Como nos dicta el método científico, un experimento práctico fracasado debe, como mínimo, hacernos cuestionar nuestra teoría. El principal legado de los revolucionarios clásicos fue precisamente su metodología, el empeño en seguir reformulando las teorías en base a los resultados prácticos. Marx se replanteó su concepción de la dictadura del proletariado tras el breve episodio histórico de la Comuna de París (que apenas duró poco más de dos meses). ¿No lo hubiera hecho tras la experiencia de la Unión Soviética (que duró más de siete décadas)? Por tanto, hay que redescubrir y repensar el marxismo, pero también el leninismo. No puede prescindirse de las aportaciones de Marx o de Lenin, pero tampoco puede prescindirse de criticarlas constructivamente.

Por consiguiente, en el centenario de la muerte del gran revolucionario ruso, a continuación, me permito rescatar (ligeramente retocado) el capítulo titulado “La dictadura del proletariado según Lenin” de mi libro ¿Reforma o Revolución? Democracia. Libro en el cual se analiza pormenorizadamente sobre todo la experiencia histórica de la URSS, en pos de una reformulación de la teoría revolucionaria. Por supuesto, también es cuestionable todo lo dicho por mí. Todo debe ser siempre cuestionable. Todos debemos practicar la crítica y la autocrítica para intentar acercarnos todo lo posible a la verdad. Como decía Rosa Luxemburgo, *la autocrítica más despiadada, cruel y que llegue al fondo de las cosas, es el aire y la luz vital del movimiento proletario*.

El problema con el concepto de la dictadura del proletariado es doble: la concepción limitada, insuficiente, de la democracia que pretende defender y su ropaje lingüístico. El fin de la dictadura del proletariado era que el proletariado, las masas trabajadoras, la mayoría del pueblo, predominaran en el Estado, justo al contrario de lo que ocurre en la “democracia” burguesa. Una democracia que lo es sólo de palabra, puesto que en la práctica quien manda es la burguesía. Ésta controla la situación, aun siendo minoritaria. La democracia liberal es la dictadura de la clase burguesa, aliada con, o apoyada por, el resto de clases opulentas (la aristocracia sobre todo) y ayudada también por la vacilación de clases intermedias como la pequeña burguesía. A pesar de todas las apariencias. La democracia liberal está diseñada de tal forma que el pueblo no detenta realmente el poder, a pesar de que se le cree la ilusión de que así es. Al hacer depender todos los poderes (el político, el judicial, la prensa) del poder económico, incumpliendo la pomposamente proclamada separación de poderes, o haciendo que ésta sea insuficiente, la supuesta democracia liberal se transforma de facto en oligocracia. Esto es algo que en nuestros días, especialmente cuando hay crisis, podemos percibir todos los ciudadanos. Hace falta estar ciego o no querer ver para no verlo. El dominio del poder económico se hace patente no sólo en cuanto a la clase política (financiada por él), sino también en el control ideológico ejercido fundamentalmente a través de los medios de comunicación (pertenecientes a grandes capitalistas o controlados por gobiernos financiados por capitalistas), convertidos en

los más poderosos instrumentos de adoctrinamiento, en los implementadores del pensamiento único burgués. Así no es muy peligroso preguntar al pueblo cada x años, si previamente y sistemáticamente se hace que piense como a la oligarquía interesa. No digamos ya cuando se implanta un sistema bipartidista donde cualquiera de los dos partidos defiende por igual, a pesar de ciertas apariencias de pluralidad, las reglas del juego capitalistas, que es lo que interesa a la gran burguesía. La democracia liberal es en el fondo un totalitarismo sutil, [una dictadura casi imperceptible](#). Casi.

El objetivo de la dictadura del proletariado era combatir la dictadura burguesa. Es falso, como así afirman muchos “ideólogos” burgueses, que se buscaba simplemente una dictadura. Se buscaba otro tipo de dictadura, en verdad otro tipo de democracia. Una democracia donde quienes son mayoría, los trabajadores de todos los sectores, predominaran, como es lo que propugna la democracia en su acepción original: el poder del pueblo. El problema con el concepto de la dictadura del proletariado no residía en su objetivo, en su razón de ser, sino en la manera en que se quería implementar y en la manera de defenderla en la guerra ideológica. Como no se cansaron de repetir Marx, Engels, y después de ellos Lenin, la cuestión fundamental de la revolución es la cuestión del poder. Ellos pudieron equivocarse en la manera de plantearla, en las soluciones propuestas a dicho problema fundamental, pero no se equivocaron en el planteamiento de la cuestión del poder. Si el proletariado no accede al poder político, el socialismo, y después de él el comunismo, es, no ya utópico, sino que imposible.

La democracia post-burguesa no sólo debía dar un salto cuantitativo y cualitativo importante para el proletariado, sino para toda la población. No sólo se trataba de que los trabajadores pudieran participar más y mejor en las decisiones que les incumben, sino de que así lo hicieran todos los ciudadanos. No era necesario reprimir a la burguesía (una vez despojada del poder político y económico) porque los proletarios de toda índole se iban a imponer sobre ellos en el marco de una democracia auténtica, por una simple razón: eran mayoría (y esto es tanto más cierto cuanto más mayoritario se hace el proletariado en el tiempo, en la actualidad esto es más cierto que nunca, si no olvidamos que todo trabajador asalariado que trabaja por cuenta ajena es un proletario). Además, defender más democracia con la palabra *dictadura* no era una buena estrategia ideológica. Contraponer la *dictadura* del proletariado a la *democracia* burguesa, le facilitaba las cosas al enemigo en el campo de la guerra ideológica. Además de que podía provocar interpretaciones incorrectas y peligrosas del nuevo Estado democrático propugnado por parte de los defensores del proletariado. En el libro [Los errores de la izquierda](#), explico más en detalle el problema existente con el concepto de la dictadura del proletariado.

Lenin en *Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, presentado al primer congreso de la Tercera Internacional el 4 de marzo de 1919, nos habla en estos términos:

El desarrollo del movimiento revolucionario del proletariado en todos los países ha hecho que la burguesía y sus agentes en las organizaciones obreras forcejeen convulsivamente con el fin de hallar argumentos ideológico-políticos para defender la dominación de los explotadores. Entre esos argumentos se esgrime particularmente la condenación de la dictadura y la defensa de la

democracia. La falsedad y la hipocresía de este argumento, repetido en mil variantes por la prensa capitalista y en la Conferencia de la Internacional amarilla de Berna, celebrada en febrero de 1919, son evidentes para todos los que no quieren hacer traición a los principios elementales del socialismo.

No puedo estar más de acuerdo con Lenin. Esto podemos percibirlo también en nuestros días. La hipocresía de los gobiernos que supuestamente representan al pueblo, a las masas trabajadoras es obvia, para quien todavía tenga ojos, para quien todavía no se los tape.

Sigamos:

Ante todo, ese argumento se basa en los conceptos "democracia en general" y "dictadura en general", sin plantear la cuestión de qué clase se tiene presente. Ese planteamiento de la cuestión al margen de las clases o por encima de ellas, ese planteamiento de la cuestión desde el punto de vista -como dicen falsamente- de todo el pueblo, es una descarada mofa de la teoría principal del socialismo, a saber, de la teoría de la lucha de clases, que los socialistas que se han pasado al lado de la burguesía reconocen de palabra y olvidan en la práctica. Porque en ningún país capitalista civilizado existe la "democracia en general", pues lo que existe en ellos es únicamente la democracia burguesa, y de lo que se trata no es de la "democracia en general", sino de la dictadura de la clase es decir, del proletariado, sobre los opresores y los explotadores, es decir, sobre la burguesía, con el fin de vencer la resistencia que los explotadores oponen en la lucha por su dominación.

De acuerdo, pero en parte. Es verdad que las democracias burguesas no son "democracias en general" sino democracias para la burguesía y en contra del proletariado. Pero Lenin arrastra el error del marxismo (o de cierta interpretación del mismo en cuanto a esta cuestión) de que la democracia proletaria debe ser, en esencia, mejor dicho, debe incluir ineludiblemente, la represión *por la fuerza, explícita* (y no sólo implícita) de la burguesía. Hay una diferencia fundamental entre la burguesía y el proletariado (entendido éste como las clases trabajadoras, como todos los trabajadores): la primera es minoritaria, necesita imponerse por la fuerza, con trampas (como la falsa democracia liberal, es decir, la oligocracia, o la dictadura pura y dura, sin disfraz, cuando no hay más remedio), el segundo es mayoritario, no necesita imponerse ni con la fuerza ni con trampas. En un Estado verdaderamente democrático el proletariado se impone de forma natural frente al resto de minorías. No hace falta en este caso excluir a éstas de la democracia, la propia democracia las pondrá en su sitio: serán dominadas por la *mayoría*. La dictadura del proletariado surgirá de manera natural mediante la más amplia y profunda democracia, al contrario que la burguesa. La "democracia en general" sí puede beneficiar al proletariado, sí puede, incluso debe, implementarlo el proletariado, al contrario que la burguesía, a la que la democracia "en general" condena. Que la burguesía no la haya usado o intentado implementar de verdad, no significa que el proletariado no pueda o no deba hacerlo.

En cualquier caso, en lo que sí lleva razón Lenin es en denunciar la hipocresía de quienes critican el concepto de la dictadura del proletariado sin explicarlo suficientemente, sin decir que quienes lo defienden (bien o mal, esa es otra cuestión)

lo hacen porque acusan a la democracia liberal de ser la dictadura de la burguesía y lo hacen porque creen que todo Estado es siempre (y sólo puede ser) la dictadura de una clase. Si no se explica en qué consiste un concepto, toda crítica es malintencionada, es una descarada mofa, como dice Lenin. ¡Pero es que, precisamente, uno de los problemas del concepto de la dictadura del proletariado es que era difícil defenderlo por usar la palabra *dictadura*, es que a la burguesía se lo poníamos muy fácil para practicar la hipocresía y la demagogia! Había que contar con la reacción ideológica de la burguesía. Que contar, incluso, con que ella partía (ahora en nuestros tiempo todavía más) con ventaja ideológica, porque tiene los medios a su favor, porque lleva tiempo comiendo el coco a los ciudadanos. Había que contar con los prejuicios que tiene la ciudadanía (impregnados sistemáticamente por la oligarquía mediante su dominio de los medios de desinformación y de la educación, entre otros). En este sentido, el marxismo infravaloró al enemigo en la guerra ideológica. Por esto digo que ese concepto era poco útil en la guerra ideológica, la *manera* de defender el concepto, su ropaje lingüístico, el uso de la palabra *dictadura*, se lo ponía muy fácil a la burguesía. ¡Bastaba con proclamar que ella defiende la *democracia* mientras que los malvados marxistas defienden la *dictadura*!

Por cierto, muchas de las cosas dichas por Lenin siguen siendo esencialmente válidas en nuestros tiempos. Pero, como mínimo, debemos replantear la estrategia. Como mínimo, el concepto de la dictadura del proletariado, debería ser defendido de otra manera. Como mínimo, debiera defenderse como *democracia obrera*. Como mínimo. Además, según estoy intentando demostrar a lo largo de este libro, debe redefinirse dicho concepto, en verdad debe desecharse. **La dictadura del proletariado debe redefinirse simplemente como democracia. Ésta debe sustituir a aquélla.** Los apellidos de *democracia* deben ser en todo caso: *verdadera, auténtica, amplia, profunda, participativa*, etc. **El proletariado debe defender la democracia más amplia y profunda posible, más y mejor democracia.** Debe retomar algunos de los postulados de la democracia liberal e implementarlos realmente en la práctica, además de añadirle nuevas características. A pesar de todo, la democracia liberal supuso un importante avance respecto del régimen absolutista, la República supuso un gran paso adelante respecto de la Monarquía. El problema es que supuso un paso insuficiente que impidió seguir avanzando, el problema es que la democracia se detuvo en el camino e inició la marcha atrás. El problema es que muchos principios de la democracia liberal se tergiversaron en la práctica. Revindicar, por ejemplo, la indivisión del poder, la fusión del poder ejecutivo y del legislativo, supondría un paso hacia atrás. Dichos poderes sólo pueden fusionarse, en todo caso, cuando se aplica la democracia directa en los ámbitos locales. Pero no es posible usar la democracia directa, al menos por ahora, en el ámbito de todo un país. Precisamente, de lo que se trata es de implementar una eficaz y verdadera separación de *todos* los poderes, considerando especialmente al poder económico, que en su día no fue considerado por la burguesía (en esta omisión consciente, pues la burguesía ostentaba poder económico y no quería lógicamente renunciar a él, está la raíz de la degeneración de la democracia liberal en plutocracia). Todos los poderes deben ser independientes entre sí, todos ellos deben ser independientes del poder económico. Al mismo tiempo, todos los poderes deben ser controlados de la manera más directa posible por el propio pueblo. Sólo así es posible alcanzar una democracia que merezca tal nombre. La oligocracia, la plutocracia, se sustentan en una separación de poderes inexistente o insuficiente,

en la subordinación de todos los poderes (político, judicial, sindical, prensa, etc.), de manera directa o indirecta, respecto del poder económico.

Democracia es esencialmente separación de poderes, distribución del poder para poder distribuir todo lo demás, todo cuanto es de carácter *social*. Si Lenin, Trotsky, e incluso Stalin, según afirman sorprendentemente algunas fuentes, en plena implementación de la dictadura del proletariado, se plantearon en determinados momentos reinstaurar “viejos” conceptos “burgueses” como el pluripartidismo, la libertad de prensa, el sufragio universal, o incluso cierta separación de poderes (por ejemplo, la separación del Partido respecto del Estado o los sindicatos) es porque se dieron cuenta de que no podía prescindirse de ellos para combatir la degeneración burocrática de la dictadura del proletariado sustentada en el partido único, en la identificación del Partido con el Estado, en suma, en la concentración del poder en pocas manos. Es porque se dieron cuenta de que sin ellos el socialismo no podría prosperar. **El socialismo no puede prosperar sin democracia. Cualquier límite de la democracia es un límite del desarrollo del socialismo.** No es posible la democracia si no hay separación de poderes. Así como el socialismo se nutre del capitalismo para acabar negándolo, la democracia “proletaria”, la verdadera democracia, que no será realmente obrera ni burguesa, se nutre de la democracia burguesa para superarla y con el tiempo negarla. La negará en el sentido de que la auténtica democracia estará al servicio de toda la sociedad y no de ninguna minoría. La democracia auténtica negará *dialécticamente* a la democracia burguesa. Desarrollando suficientemente la democracia burguesa, ésta se transformará en otro tipo de democracia que la superará decididamente, tal como el agua al calentarla suficientemente pasa del estado líquido al gaseoso. La democracia burguesa debe sufrir la conversión de la cantidad en calidad. La democracia burguesa contiene la semilla de su propia destrucción. De esto es plenamente consciente la propia burguesía. Por esto se detuvo en el camino, por esto se autorreprimió, por esto renunció a evolucionar su democracia. Dicha semilla debe ser suficientemente regada. No se trata de superar la democracia liberal negando lo positivo que potencialmente tiene, volviendo al absolutismo que la precedió (aunque bajo otras formas), ya que de esta manera no es realmente posible superarla, sino que se trata de superarla desarrollando aquellas características que inevitablemente la transformarán en una democracia auténtica. La implementación de la separación de poderes llevada hasta sus últimas consecuencias extinguirá la plutocracia burguesa, supondrá el advenimiento de la democracia propiamente dicha. Parafraseando a Engels, el Estado (clasista) no se abolirá sino que se extinguirá, mediante el desarrollo de la democracia, especialmente de la separación de los poderes. Ver mi artículo [La separación de poderes](#). La revolución socialista es la heredera de la revolución burguesa, debe tomar de ésta aquello que sirva para avanzar y debe desarrollarlo, y al mismo tiempo, debe desechar de ella aquello que impida el avance democrático, aquello que incluso contradiga los principios fundamentales en los que supuestamente se basa la democracia liberal, como la libertad y la igualdad.

La democracia *representativa* debe ser realmente representativa, debe, además, evolucionar hacia una democracia más *participativa*, debe, además, complementarse con la democracia *directa* en los ámbitos más locales. La democracia debe expandirse a todos los rincones de la sociedad, especialmente a la economía, al motor de la

sociedad. La dictadura del proletariado es en verdad la democracia. El proletariado, las clases populares, sólo podrán “imponerse” mediante la democracia. En la política, en la que *todo* el pueblo, sin ninguna exclusión, debe participar de la manera más igualitaria posible. Y en la economía donde los propios trabajadores deben gestionar los medios de producción. Debemos llamar a las cosas por su nombre, pero sin hacernos el haraquiri ideológico, sin facilitarle la tarea al enemigo para distorsionar o tergiversar nuestras ideas. La *democracia liberal* debemos llamarla por su verdadero nombre: *dictadura burguesa, oligocracia, plutocracia*. En vez de tanto hablar de *dictadura del proletariado y democracia liberal*, por el contrario, debemos hablar, respectivamente, de *democracia y plutocracia*. El proletariado necesita la democracia, debe a toda costa evitar cualquier dictadura, cualquier dominio de cualquier minoría, cualquier oligocracia. Por el contrario, la burguesía necesita la oligocracia, y cuando ésta no es suficiente para defender sus intereses económicos, la dictadura. ¡No debemos consentir que la burguesía, enemiga de la democracia, se apropie de la palabra *democracia*! ¡Ni debemos consentir que el proletariado, quien verdaderamente propugna la democracia, pues sin ella no es nadie, use o abuse de, la palabra *dictadura*, su enemiga mortal! El concepto de la dictadura del proletariado fue, como mínimo, un gran error en la estrategia ideológica. Además, esa manera de defender otro tipo de democracia, facilitó la implantación de una “dictadura general”, contra el proletariado y todo el pueblo. Fue, con mucho, el más grave error del marxismo, aunque sólo fuera simplemente por usar la expresión “*dictadura del proletariado*”.

Sigamos con este interesante documento de Lenin:

La historia enseña que ninguna clase oprimida ha llegado ni podría llegar a dominar sin un período de dictadura, es decir, sin conquistar el poder político y aplastar por la fuerza la resistencia más desesperada, más rabiosa, esa resistencia que no se detiene ante ningún crimen, que siempre han opuesto los explotadores. La burguesía, cuya dominación defienden hoy los socialistas, que hablan contra la "dictadura en general" y se desgañitan defendiendo la "democracia en general", conquistó el poder en los países adelantados mediante una serie de insurrecciones y guerras civiles, aplastando por la violencia a los reyes, a los señores feudales, a los esclavistas y sus tentativas de restauración.

Cierto, pero en parte. La burguesía accedió al poder político por la fuerza, utilizando al proletariado (entendido éste como todas las clases trabajadoras, del campo y de la ciudad), pues éste era la mayoría. Sin el proletariado, sin la fuerza de las masas, la burguesía no habría podido acceder al poder y despojar a la aristocracia del dominio que ejercía sobre la sociedad. La burguesía usó a las masas, porque no tenía más remedio, y en cuanto alcanzó el poder se volvió contra ellas. Pero la burguesía, y cualquier clase que ha accedido al poder a lo largo de la historia, se diferencia del proletariado en un par de cuestiones fundamentales: el proletariado es la mayoría y no tiene poder económico (ni siquiera emergente). Como no me cansaré de repetir, la infravaloración de estas diferencias cualitativas fundamentales fue la causa de plantear erróneamente, tanto por la forma como, en parte, por el fondo, el concepto de la dictadura del proletariado. El proletariado, las clases mayoritarias, no necesitan la razón de la fuerza (por lo menos, una vez superada la etapa de despojar del poder a la burguesía,) sino que les basta con la fuerza de la razón. Es más, realmente su fuerza

reside en el hecho de ser la mayoría. El proletariado no necesita imponerse mediante la dictadura, a diferencia de cualquier otra clase *minoritaria* que aspira a ser dominante. El proletariado no busca dominar al resto de la sociedad, simplemente busca emanciparse, no ser dominado, ejercer el "dominio" que le corresponde, a saber, la voluntad de la mayoría, y de paso emancipar al conjunto de la sociedad. La revolución socialista debe considerar el pasado, pero sin reproducirlo miméticamente. **La revolución socialista no es sólo la conquista del poder por una nueva clase. Si así se la concibe, se la imposibilita. Así se la concibió, así se la imposibilitó.**

La revolución socialista rusa se diferenció demasiado poco de la burguesa en algunos aspectos elementales. Y esto vino del hecho de interpretar que la historia sólo podía seguir siendo, en esencia, como así había sido, demasiado miméticamente. Y esto, a su vez, provino del hecho de interpretar que el Estado que siempre había sido clasista, como así fue, sólo podía seguir siéndolo. Es decir, este error provino de cierta concepción demasiado determinista de la historia humana. El marxismo pecó, en algunos aspectos, de demasiado determinista, aun contradiciéndose a sí mismo. Reconocer que la lucha de clases es el motor de la historia, que así lo ha sido por lo menos, no significa que dicha lucha deba hacerse siempre de la misma forma, ni significa que la sociedad sólo pueda organizarse mediante un Estado clasista. El marxismo reconoció que la sociedad podía superar la división clasista, nos dijo que sería posible abolir las clases, pero no nos dijo *cómo*, y, lo que es peor, nos dijo que el Estado sólo podía ser clasista. Esta contradicción nos llevó a un callejón sin salida. No podíamos por ahora prescindir del Estado pero éste no podía dejar de ser clasista. La única solución que nos propuso el marxismo consistió en sustituir el dominio de la burguesía por el del proletariado. Pero tampoco nos concretó suficientemente *cómo* el proletariado podía ejercer su dominio. Ahora, tras las experiencias prácticas acontecidas, producto de un estado actual de conciencia superior (en el cual el marxismo influyó decisivamente), por lo menos para ciertas minorías, en el presente momento histórico sí tenemos la respuesta, el *cómo* lograr el dominio del proletariado, el *cómo* superar con el tiempo la división de la sociedad en clases: la democracia, en el sentido más profundo y amplio de la palabra.

Sigamos:

Cada obrero consciente que no haya roto con su clase comprenderá en seguida que sería una estupidez prometer la libertad de reunión a los explotadores en un período y en una situación en que los explotadores se resisten a su derrocamiento y defienden sus privilegios. La burguesía, cuando era revolucionaria, ni en la Inglaterra de 1649 ni en la Francia de 1793 dio "libertad de reunión" a los monárquicos y los nobles, que llamaban en su ayuda a tropas extranjeras y "se reunían" para organizar intentonas de restauración. Si la burguesía actual, que hace ya mucho que es reaccionaria, exige del proletariado que éste le garantice de antemano la "libertad de reunión" para los explotadores, sea cual fuere la resistencia que presten los capitalistas a su expropiación, los obreros no podrán sino reírse del fariseísmo de la burguesía.

Aquí no estoy tan de acuerdo con Lenin. Él infravalora o desprecia el hecho de que el proletariado, las clases explotadas en general, a diferencia de la burguesía, de la monarquía o de la aristocracia, es mayoritario. Por consiguiente no necesita las

mismas maneras para imponerse. En todo caso, podría distinguirse entre dos periodos: el periodo transitorio (corto) en el cual la burguesía es despojada del poder político y económico (un periodo en el cual los derechos democráticos no existen para nadie o casi nadie, en el caso de una revolución violenta), y el periodo posterior en el cual el proletariado, una vez despejado el camino de los principales obstáculos, ejerce su dominio. Lenin no distingue suficientemente entre esos periodos y da a entender que la “libertad de reunión” hay que quitársela *definitivamente*, o por lo menos *indefinidamente*, a las clases enemigas del proletariado. Esto era muy peligroso porque sentaba el precedente de justificar el fin con los medios, la eliminación de la libertad de reunión para ciertos colectivos “contrarrevolucionarios” se justificaba y, lo que es peor, no se le ponía límites, por lo menos no de una manera clara y contundente, ni en el espacio ni en el tiempo. Cualquiera que se opusiera a la revolución proletaria se exponía a sufrir represión, a ser excluido de la incipiente “democracia”. La nueva democracia se amputaba al nacer. El problema consistía en quién iba a estipular en determinado momento qué era revolucionario o no, quién iba a decir qué es bueno o malo para el proletariado. Así, de hecho, poco a poco la libertad de reunión fue exterminada hasta derivar en el estalinismo.

Lenin, muy a su pesar, por su concepción errónea de lo que debía ser la dictadura del proletariado, al creer que la revolución debía ser dirigida por una élite “iluminada” (contradiciéndose a sí mismo, pues también afirmaba que las masas eran las que debían tener el protagonismo, pues también decía que los obreros eran más revolucionarios que el partido más revolucionario, pues también decía que el proletariado era mayoritario frente a la burguesía) sembró la semilla del estalinismo, contra el que finalmente luchó cuando ya estaba demasiado crecido. Garantizar la libertad de reunión para toda la población, incluidas las clases enemigas del proletariado, lejos de ser un peligro para el proletariado, al contrario, era la manera de salvaguardar la razón de ser de la revolución socialista: dar el protagonismo a las masas, al proletariado y las clases explotadas en general (como el campesinado, con mucho, la más numerosa en aquella época en Rusia). El evitar que las libertades retrocedieran, por cualquier motivo, debía ser el objetivo número uno para garantizar el devenir de la revolución. Y no al contrario. La resistencia por la fuerza de la burguesía había que vencerla indudablemente con la fuerza, pero una vez superada debía implantarse la democracia más amplia posible, sin limitaciones. Una vez superada la necesidad de usar la razón de la fuerza, ésta debía dar paso a la fuerza de la razón. Esto no era un acto de caridad o superioridad ética del proletariado con respecto a sus enemigos (que también), era sobre todo una *necesidad* para el proletariado y las clases populares. El proletariado (y el campesinado), es decir, las clases trabajadoras, contaban con la fuerza de la razón y sobre todo con la fuerza de la mayoría. No necesitaban la misma concepción de Estado que la burguesía o la aristocracia, que las clases minoritarias y dominantes que le precedieron. Al contrario, el pueblo sólo podía dominar con el *poder del pueblo*, con la democracia “general”. Lenin se fijó en lo que posibilitó el triunfo de la revolución burguesa, en lo que le posibilitó despojar del poder a la aristocracia, pero no en el hecho de que ese triunfo, por la manera en que se hicieron dichas revoluciones, perjudicó finalmente al proletariado, no en lo que provocó la degeneración de esas revoluciones, pues no olvidemos que el pueblo participó en ellas también. El proletariado no podía hacer la revolución de la misma manera que la burguesía porque tenía algunas características fundamentales muy diferentes.

Distintas naturalezas (clase dominada vs. clase con cierto poder económico, mayoría vs. minoría) y distintos objetivos (emancipar vs. dominar).

Lenin reconoce el hecho diferencial de la revolución proletaria respecto de otras revoluciones:

La diferencia radical entre la dictadura del proletariado y la dictadura de las otras clases --la dictadura de los terratenientes en la Edad Media, la dictadura de la burguesía en todos los países capitalistas civilizados-- consiste en que la dictadura de los terratenientes y la burguesía ha sido el aplastamiento por la violencia de la resistencia ofrecida por la inmensa mayoría de la población, concretamente por los trabajadores. La dictadura del proletariado, por el contrario, es el aplastamiento por la violencia de la resistencia que ofrecen los explotadores, es decir, la minoría ínfima de la población, los terratenientes y los capitalistas.

De aquí dimana, a su vez, que la dictadura del proletariado no sólo debía traer consigo inevitablemente el cambio de las formas y las instituciones de la democracia, hablando en general, sino precisamente un cambio que diese una extensión sin precedente en el mundo al goce efectivo de la democracia por los hombres que el capitalismo oprimiera, por las clases trabajadoras.

Él reconoce que la dictadura del proletariado debe suponer un nuevo tipo de democracia (esto es evidente). Él reconoce que el proletariado es la mayoría frente a los capitalistas o terratenientes, que son minorías (esto es también evidente). Sin embargo, por paradójico que pueda parecer, concibe la dictadura del proletariado, en esencia, de la misma manera que la dictadura burguesa se ha ejercido: por la fuerza, por la violencia. Habla de cambio de formas en la democracia, incluso de un cambio fundamental, pero, contradiciéndose a sí mismo, perpetúa el hecho esencial de que una clase se imponga *por la fuerza* sobre el resto. De esta manera perpetúa la falsa democracia burguesa, muy a su pesar. De esta forma sólo aspira a cambiar los actores de la obra sin cambiar el guión, sólo aspira a cambiar las formas, pero no el fondo, a pesar de lo proclamado. Justifica el uso de la razón de la fuerza por parte del proletariado por el hecho de que la burguesía lo ha hecho también. Denunciar el hecho de que la burguesía lo ha hecho estaría bien pero sólo para evidenciar la hipocresía de esta clase, pero no para imitarla y seguir su ejemplo. Sin embargo, a pesar de las diferencias esenciales reconocidas por Lenin en cuanto a la revolución socialista, no saca ninguna conclusión del hecho *radical* de que el proletariado, a diferencia del resto de clases que conquistaron el poder por la fuerza o que lo ejercieron mediante democracias falsas, es mayoritario. Ahí radica su error, su contradicción más profunda. En no concluir que por el hecho *radical* de que el proletariado es esta vez la mayoría, y no una minoría, haya que usar métodos *radicalmente* distintos a las clases predecesoras como la burguesía. Su diagnóstico es correcto pero no así la solución propuesta, que no sólo no cura la enfermedad sino que la agrava. Lenin dice al mismo tiempo que el proletariado se diferencia de la burguesía radicalmente pero que debe, como ella, imponerse por la violencia, por la fuerza. Aquí está el error más importante de Lenin: en la justificación de la violencia, del uso de la razón de la fuerza, sustentada en unas diferencias radicales que no la justifican, al contrario, que justifican cambios profundos y no sólo superficiales o de formas. Error que el mismo Lenin y sus

compañeros bolcheviques acabaron por pagar también, además del proletariado en general, ruso e internacional. Si, por lo menos, Lenin se hubiera molestado en matizar suficientemente sus peligrosas afirmaciones, por ejemplo en el sentido de justificar cierto periodo transitorio, lo más breve posible de represión por la fuerza de la oligarquía, si por lo menos hubiera insistido en la necesidad de restablecer cuanto antes la democracia más amplia posible para *toda* la población, el mal hubiese sido menor.

Prosigamos con este suculento documento histórico:

La ridícula tentativa de unir el sistema de los Soviets, es decir, la dictadura del proletariado, con la Asamblea Nacional, es decir, la dictadura de la burguesía, desenmascara por completo la indigencia mental de los socialistas y socialdemócratas amarillos, su carácter político reaccionario, propio de pequeños burgueses, y sus cobardes concesiones a la fuerza, en crecimiento incontenible, de la nueva democracia, de la democracia proletaria.

A este respecto, conviene recordar lo que decía Lenin cuando analizó la experiencia de la Comuna de París en *El Estado y la Revolución*:

*La Comuna sustituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de crítica y de examen no degenera en engaño, pues aquí los parlamentarios tienen que trabajar ellos mismos, tienen que ejecutar ellos mismos sus leyes, tienen que comprobar ellos mismos los resultados, tienen que responder directamente ante sus electores. Las instituciones representativas continúan, pero desaparece el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada para los diputados. **Sin instituciones representativas no puede concebirse la democracia, ni aun la democracia proletaria; sin parlamentarismo, sí puede y debe concebirse, si la crítica de la sociedad burguesa no es para nosotros una frase vacua, si la aspiración de derrocar la dominación de la burguesía es en nosotros una aspiración seria y sincera y no una frase "electoral" para cazar los votos de los obreros...***

Por un lado, Lenin defendía en 1917, poco antes de Octubre, la necesidad de instituciones representativas, es decir, de la democracia representativa, y por otro lado, en 1919, al contrario, defiende la disolución de la Asamblea Constituyente, que era el máximo órgano de representación de *todo* el pueblo ruso. Para Lenin el parlamentarismo *burgués* es el mismo parlamentarismo. Lo mismo podemos decir de la democracia representativa *burguesa*. Lenin identifica la democracia representativa *burguesa* con la misma democracia representativa, cuando la primera dista mucho de ser representativa. El parlamentarismo, la democracia representativa, desapareció en Rusia con Lenin en el poder. Podría haberse comprendido "limpiar" el parlamentarismo burgués de todo aquello que lo desvirtuaba, podría haberse comprendido la disolución de una asamblea caduca, con unas reglas viciadas que sólo servían a la minoría burguesa, pero no puede comprenderse que posteriormente a dicha disolución, incluso una vez transcurrido un tiempo prudencial, una vez ganada la guerra civil, no se hubiese constituido una nueva asamblea con nuevas reglas, una nueva democracia representativa, verdaderamente representativa, que representara a *todos* los rusos en

igualdad de condiciones. ¿Pueden justificarse esos cambios radicales de principios tan fundamentales de Lenin por las circunstancias cambiantes, o no? Esta aparente contradicción sólo puede comprenderse si suponemos que Lenin no creía realmente en la democracia *representativa* (entendida ésta como la elección *directa* por *todo* el pueblo de los máximos representantes del Estado, del parlamento, del gobierno o del jefe de Estado), si suponemos que para Lenin la democracia representativa no era compatible con la democracia *soviética* (la democracia directa en los consejos o comunas y su federación). Tal vez Lenin, en su afán de distanciarse de la falsa democracia representativa previamente existente, que defendían sus opositores pro-burgueses, llevó demasiado lejos su razonamiento en el sentido de rechazar *toda* democracia representativa. El hecho de que Lenin, al final de su vida, viendo el proceso degenerativo del Estado obrero soviético, que ya mostraba claros síntomas de un burocratismo muy peligroso, se replantea la posibilidad de reinstaurar ciertos principios de la democracia burguesa, como el pluripartidismo, podría concordar con esta conjetura que estamos haciendo.

En cualquier caso, el hecho de pensar que la democracia representativa era un concepto a desechar fue un grave error, consecuencia del error básico del marxismo de suponer que el Estado debía ser clasista, debía continuar siendo clasista, sólo podía ser clasista, sólo podía seguir siendo lo que indudablemente había sido. Ese excesivo determinismo en el que cayó en determinado momento el marxismo, que imposibilitó el salto. Al creer que sólo, en esencia, podía ser lo que ya había sido, al final lo nuevo fue lo de siempre, incluso peor. Obviamente, tal como estaban las cosas, la fusión directa e inmediata de la Asamblea Nacional con los soviets no podía conducir a nada bueno, pues había un choque de dos concepciones opuestas de democracia, era el choque entre dos dictaduras: la de la burguesía ejercida con su falsa democracia representativa cuyo “templo” era la Asamblea Nacional, y la del proletariado en la que los obreros, campesinos y soldados ejercían su poder en los soviets, excluyendo de éstos a otras capas de la población. Había un choque de intereses incompatibles, contrapuestos. Pero el problema es que tras el hecho de no reconocer legitimidad a la Asamblea Nacional (aun admitiendo que en ese momento no la tuviera), se escondía la idea de que *nada* de la democracia liberal podría reaprovecharse, se presuponía que los *principios* generales en los que se basó la democracia burguesa (aunque incumplidos en la práctica por ésta), como el sufragio universal o las distintas libertades (de reunión, de expresión, etc.) no podían aplicarse más que de una sola manera: para beneficiar *explícitamente* (en este caso de manera menos sutil e hipócrita) sólo a una clase en detrimento de otras. En el fondo, se asumía siempre la concepción clasista, burguesa o aristocrática, en suma, oligárquica, del Estado. Se pensaba que de lo que se trataba era, tan sólo, de cambiar la clase dominante. Se prescindía de los principios *elementales* de la democracia, innecesariamente y peligrosamente, simplemente por el mal uso hecho por parte de la burguesía, cuando, precisamente, se trataba, por el contrario, no de prescindir de ellos, sino de implementarlos eficazmente, realmente.

En *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* Lenin afirma:

Aun en el Estado democrático, mientras haya explotadores que dominen sobre una mayoría de explotados, será inevitablemente una democracia para los explotadores. El Estado de los explotados debe distinguirse por completo de él,

debe ser la democracia para los explotados y el sometimiento de los explotadores; y el sometimiento de una clase significa la desigualdad en detrimento suyo, su exclusión de la "democracia".

En primer lugar es un error por parte de Lenin hablar de un Estado democrático donde hay explotadores que imponen su voluntad. En un Estado democrático, propiamente dicho, sólo "imponen" su voluntad la mayoría. Lenin se refiere a la democracia burguesa, la de los explotadores. La que beneficia a los capitalistas. De esto no hay dudas. Él interioriza la concepción burguesa de la democracia, para él democracia es sinónimo de democracia *burguesa*. Este grave error ya viene de lejos: Marx y Engels ya practicaban con demasiada frecuencia este peligroso juego de palabras. Incluso para distanciarse de la democracia *burguesa* se "inventaron" el concepto de la *dictadura* del proletariado. En vez de reivindicar la *democracia* y de decir que el sistema burgués era en verdad una *oligocracia*, ellos reivindicaron una *dictadura*, la del proletariado, frente a la de la burguesía, que ellos mismos calificaban demasiadas veces como *democracia*. Ellos contrapusieron la *dictadura* del proletariado a la *democracia* burguesa. Si, por lo menos hubieran hablado siempre, sin dudas, sin ambigüedades, de manera sistemática, de *dictadura* proletaria frente a *dictadura* burguesa, el mal hubiese sido menor. Ellos, indudablemente, consideraban que la democracia burguesa era en verdad la dictadura de la burguesía, pues para el marxismo todo Estado es la dictadura de una clase, pero, con demasiada frecuencia, ellos llamaban a dicha dictadura *democracia* y llamaron a la democracia proletaria *dictadura*. Esta manera de expresar las ideas fue el gran error del marxismo y se pagó muy caro. Lo arrastró Lenin en su teoría, y lo que es peor, en su praxis.

Podemos admitir que en dicha "democracia" burguesa los capitalistas deciden *de forma democrática* lo que a ellos les beneficia, lo cual es muy discutible, pues en el capitalismo lo que funciona es la competencia entre los capitalistas, el permanente estado de guerra, de unos capitalistas contra otros, de los capitalistas contra los trabajadores. En una guerra no hay mucho sitio para la democracia. La democracia burguesa es muy poco democrática, incluso para los propios burgueses. Quienes se imponen son los capitalistas más fuertes, no la "mayoría" de los capitalistas. Los parlamentos burgueses se parecen más bien a los circos romanos donde unos gladiadores luchan contra otros. Los capitalistas no necesitan realmente la democracia, les basta con que las reglas del juego (competencia y propiedad privada de los medios de producción) permanezcan para que puedan explotar a las otras clases sociales, para que entre ellos puedan competir por acaparar plusvalía. Los capitalistas, sobre todo los grandes, sobreviven perfectamente en las dictaduras de derechas. La "democracia" burguesa es una simple fachada para contener al resto de clases sociales que podrían poner en peligro el orden capitalista, al mismo tiempo que para poner "orden" en la misma clase burguesa, dominada por una oligarquía, es decir, por una parte de ella. Pero no es en este aspecto en el que quiero insistir. Está claro que la democracia burguesa sirve para reproducir y mantener el orden burgués, el cual beneficia en general a la burguesía, pero especialmente a la gran burguesía.

Dice Lenin que mientras haya explotadores, la "democracia" (formal) sólo puede beneficiar a éstos. No puedo estar más de acuerdo. Dicho de otra manera, mientras no haya democracia en la economía, no podrá haberla en la política, ésta estará desnaturalizada, o por lo menos tendrá el serio peligro de serlo. Dice Lenin que el

Estado de los explotados debe distinguirse por completo del Estado de los explotadores. ¡No puede estar más de acuerdo! Pero, contradiciéndose a sí mismo, Lenin aboga por los mismos métodos que los explotadores: viciar la democracia obrera para “expulsar” (de una manera más burda, menos hipócrita, pero expulsar también) a los explotadores. Según Lenin, el sometimiento de una clase significa la desigualdad en detrimento suyo (esto es obvio), pero para él esto se traduce en el caso de los burgueses en su *exclusión* de la nueva democracia. ¡Craso error! Aquí está el principal error del marxismo-leninismo. La burguesía logra someter al proletariado, a las clases populares, a la mayoría, implementando una desigualdad *real* (con mil y un trucos, pero sobre todo manteniendo el control de la economía y haciendo al poder político dependiente del económico) que contradice la proclamada igualdad *formal*. Así la burguesía, es decir, una minoría, logra imponerse artificialmente, por la fuerza, una fuerza camuflada, sutil, sobre la mayoría. Así la democracia *formal* supuestamente neutral se convierte en la dictadura *de facto* burguesa. E, increíblemente, Lenin recurre al método más basto de expulsar directamente a la burguesía de la nueva democracia obrera. No sólo así se lo pone muy fácil a la burguesía en el sentido de presentarse ésta ahora como víctima, como defensora de la “democracia”, sino que Lenin lo plantea en un caso en el que precisamente es innecesario puesto que la desigualdad en detrimento de una minoría está garantizada cuando se establece unas condiciones democráticas igualitarias por el propio hecho de ser minoría. Una minoría, por definición, juega con desigualdad (siempre que se la despoje de sus privilegios). De lo que se trata es de quitarle a la minoría dominante los privilegios que le permiten ser dominante (expropiarle económicamente fundamentalmente), no de quitarle incluso los derechos de participar en la democracia en las mismas condiciones que el resto de la población.

Lenin reproduce el “error” del Estado burgués (en verdad no es un error, es una necesidad para que la burguesía domine) y lo agrava. Y este error de Lenin se nutre del error del marxismo, del ambiguo, confuso e impreciso concepto de la dictadura del proletariado, que en verdad se refería a la *hegemonía* del proletariado. ¡Pero es que el proletariado no necesita expulsar a la burguesía para ser hegemónico! La clase trabajadora es la clase mayoritaria de la sociedad. Hay muchos más trabajadores que grandes capitalistas. El mismo Lenin reconoce a lo largo de dicho libro que los explotados son la inmensa mayoría del pueblo. Por tanto, tampoco cabe justificar dicho error por el hecho de que el proletariado (industrial) era minoritario frente al campesinado en la Rusia de 1917. Los explotados son la inmensa mayoría. Los explotadores son una minoría. Tiene razón Lenin cuando dice que el Estado de los explotados debe distinguirse por completo del Estado de los explotadores, ¡pero no en la forma que dice Lenin! Él no hace que se distinga por completo de él. Al contrario, lo mimetiza demasiado en su esencia más profunda. El nuevo Estado debe distinguirse también en su misma concepción. Los explotados, por ser mayoría, no necesitan expulsar de la democracia a los explotadores, ni necesitan tergiversar la igualdad formal para que no sea real. ¡Al contrario! Necesitan implementar una democracia verdadera, donde la igualdad sea real. Es en dicha democracia donde el proletariado será hegemónico. **La “dictadura” del proletariado es en verdad la auténtica democracia. En ella todas las personas deben tener los mismos derechos. En ella nadie debe tener privilegios. En ella la mayoría gobierna de manera natural, inevitable. En ella cualquier minoría es sometida de manera natural, inevitable.**

El proletariado no necesitaba prescindir del sufragio universal, de la libertad de reunión, de la libertad de expresión, de la separación de poderes, de la democracia representativa en general, para “imponerse”. Al contrario, los necesitaba para liberarse del dominio de cualquier minoría, no podía prescindir de ellos, simplemente debía implementarlos de otra manera, de manera que se cumplieran realmente en la práctica. Los errores ideológicos del marxismo-leninismo (la dictadura del proletariado) se vieron acompañados de errores metodológicos, en verdad consecuencia de aquellos. En la nueva democracia se prescindió del sufragio universal, de la libertad de reunión, de la libertad de prensa, de la democracia representativa, que son *siempre* esenciales para que el pueblo, la mayoría, ejerza su “dictadura”. El problema con la democracia liberal, precisamente, es que no se habían implementado. Son necesarios, aunque insuficientes. El marxismo-leninismo pensó que no eran necesarios, que la democracia obrera no debía considerar *nada* de la democracia liberal, ni siquiera sus *principios* más básicos. Este profundo error se pagó muy caro, todavía lo estamos pagando en nuestros días. La nueva democracia debía añadir, no restar. Debía profundizar, no restringir. Debía aplicar la teoría de la democracia liberal, al mismo tiempo que corrigiéndola, ampliándola y mejorándola, y no renunciar a ella por completo. La nueva democracia nació ya muy capada (porque ya lo estaba ideológicamente, en la propia teoría revolucionaria). Y lo peor de todo es que se fue progresivamente capando hasta desaparecer por completo, hasta convertirse en una simple dictadura, aunque indudablemente con ciertas peculiaridades, inéditas en la historia. Una dictadura incluso peor que la democracia liberal, que la oligocracia, que rivalizó con la peor de las dictaduras a favor del capital: el fascismo. ¡Mejor favor no se le pudo hacer a la burguesía! Ésta está en la actualidad crecida por ese gran favor que se le hizo. Ahora el “comunismo”, el “marxismo”, es el gran enemigo del pueblo.

En el libro *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* Lenin defiende la necesidad de la dictadura del proletariado, del uso de la violencia, de la represión explícita de la burguesía de la siguiente manera:

No puede haber igualdad real, efectiva, mientras no se haya hecho totalmente imposible la explotación de una clase por otra.

Se puede derrotar de golpe a los explotadores con una insurrección victoriosa en la capital o una rebelión de las tropas. Pero, descontando casos muy raros y excepcionales, no se puede hacer desaparecer de golpe a los explotadores. No se puede expropiar de golpe a todos los terratenientes y capitalistas de un país de cierta extensión. Además, la expropiación por sí sola, como acto jurídico o político, no resuelve, ni mucho menos, el problema, porque es necesario desalojar de hecho a los terratenientes y capitalistas, reemplazarlos de hecho en fábricas y fincas por la nueva administración obrera. No puede haber igualdad entre los explotadores, a los que durante largas generaciones han distinguido la instrucción, la riqueza y los hábitos adquiridos, y los explotados, que, incluso en las repúblicas burguesas más avanzadas y democráticas, constituyen, en su mayoría, una masa embrutecida, inculta, ignorante, atemorizada y falta de cohesión. Durante mucho tiempo después de la revolución, los explotadores siguen conservando de hecho, inevitablemente, tremendas ventajas: conservan el dinero (no es posible suprimir el dinero de golpe), algunos que otros bienes muebles, con frecuencia valiosos; conservan

las relaciones, los hábitos de organización y administración, el conocimiento de todos los "secretos" (costumbres, procedimientos, medios, posibilidades) de la administración; conservan una instrucción más elevada, sus estrechos lazos con el alto personal técnico (que vive a lo burgués y piensa en burgués); conservan (y esto es muy importante) una experiencia infinitamente superior en lo que respecta al arte militar, etc., etc.

Si los explotadores son derrotados solamente en un país -y éste es, naturalmente, el caso típico, pues la revolución simultánea en varios países constituye una rara excepción-, seguirán siendo, no obstante, más fuertes que los explotados porque sus relaciones internacionales son poderosas. Además, una parte de los explotados, pertenecientes a las masas más atrasadas de campesinos medios, artesanos, etc., sigue y puede seguir a los explotadores, como lo han probado hasta ahora todas las revoluciones, incluso la Comuna (porque entre las tropas de Versalles había también proletarios, cosa que "ha olvidado" el doctísimo Kautsky).

*Por tanto, suponer que en una revolución más o menos seria y profunda la solución del problema depende sencillamente de la actitud de la mayoría ante la minoría, es una estupidez inmensa, el más necio prejuicio de un liberal adocenado, es engañar a las masas, ocultarles a sabiendas la verdad histórica. Esta verdad histórica es la siguiente: **en toda revolución profunda, la regla es que los explotadores, que durante bastantes años conservan de hecho sobre los explotados grandes ventajas, opongan una resistencia larga, porfiada y desesperada.** Nunca -a no ser en la fantasía dulzona del melifluido tontaina de Kautsky- se someten los explotadores a la voluntad de la mayoría de los explotados antes de haber puesto a prueba su superioridad en una desesperada batalla final, en una serie de batallas.*

No cabe duda de que Lenin tiene mucha razón en muchas de las cosas que dice. Tiene muchos motivos contundentes para defender la idea de la dictadura del proletariado. Por cierto, estos motivos son obviados por los anticomunistas más radicales que se empeñan en mostrar a la opinión pública que el marxismo-leninismo es, por definición, totalitario. Sin embargo, cabe preguntarse si una vez expropiada la burguesía, una vez que ya no detenta el control del ejército, una vez que pierde el control de la sociedad, por lo menos que empieza a perderlo, que pierde gran parte del mismo, aunque no todo, no es posible enfrentarse a ella abiertamente sin necesidad de reprimirla o censurarla. Lenin apuesta por reprimirla y censurarla, por expulsarla de la nueva democracia, por la razón de la fuerza. Por supuesto, no hay que olvidar el contexto histórico. En la Rusia de 1917 el analfabetismo de las masas era tremendo. De hecho, Lenin afirma en ese mismo libro un poco más adelante que *el privar a los explotadores del derecho de voto es un problema puramente ruso, y no un problema de la dictadura del proletariado en general.* Pero si la burguesía en Rusia era menos poderosa que en otros países, si allí era necesario reprimirla para superar su resistencia, ¿no sería todavía más necesario en países capitalistas más desarrollados donde la burguesía ostentaba más poder? Si las masas analfabetas rusas fueron capaces de rebelarse frente al orden establecido, que indudablemente las alienaba, que indudablemente las dominaba ideológicamente, ¿no era posible que las masas pudiesen comprender ciertas verdades elementales una vez que dicho orden fue

derrotado, una vez que fue posible despojar del poder político y militar, a las minorías dominantes? Ciertamente es que la mentalidad burguesa llevará tiempo superarla, pero suponer que esto sólo puede hacerse por la fuerza es tener muy poca fe en el pueblo, en el ser humano, en las mismas masas que fueron capaces en muy poco tiempo de concienciarse y de luchar contra el orden establecido cuando éste les era claramente perjudicial. Si en un contexto hostil, o más hostil, las masas fueron capaces de comprender, ¿por qué no lo iban a hacer en un contexto más favorable? No cabe duda de que la nueva democracia deberá ser defendida frente a los reaccionarios, de que habrá que controlar al ejército, pero esto no significa que no pueda enfrentarse abiertamente, de igual a igual, a las fuerzas contrarrevolucionarias en el campo político e ideológico. Es precisamente en dicho enfrentamiento, y no en su elusión, cómo la izquierda, la revolución, avanzará. Así es cómo interpreto yo aquella frase de Marx que decía que *la revolución necesita para avanzar el látigo de la contrarrevolución*. De esto hablo con mayor profundidad en mi artículo [Izquierda vs. Derecha](#).

Yo creo que es posible que la verdad se abra camino cuando se enfrenta de igual a igual a la mentira. Yo creo que cualquier persona puede comprender ciertas cosas elementales si se le da opción. Lenin peca de cierta visión blanquista, jacobina, en la que las masas deben ser educadas por una élite, peor aun, en la que a las masas hay que ocultarles ciertas ideas para no ser contaminadas por ellas. Lenin apuesta por construir el socialismo desde arriba, con el protagonismo (que irá in crescendo) de una élite ilustrada. Esta visión de cómo hacer la revolución dio lugar poco después al estalinismo. Si el pueblo no es capaz de comprender ciertas verdades elementales, entonces la construcción del socialismo fracasará tarde o pronto. Entonces realmente no merece la pena intentar la transición al socialismo. Nadie es inmortal, ni perfecto, ni libre de miserias. El socialismo sólo puede construirse a largo plazo con el máximo protagonismo de las masas, de todo el pueblo. No debe depender de ninguna élite. La principal labor de toda vanguardia revolucionaria es lograr que el pueblo protagonice su destino, para lo cual lo primero es que comprenda. La verdad no puede abrirse camino mediante la represión o la censura. Lenin logró, contribuyó decisivamente a, que se *iniciara* el camino hacia el socialismo, en esto tuvo mucho mérito, pero poco después de iniciado el camino, la transición al socialismo se desvió por derroteros muy peligrosos, como el mismo Lenin percibió poco antes de su muerte. Derroteros que llevaron al cabo del tiempo al capitalismo de nuevo. La evolución que tuvo la Revolución rusa no puede pasar desapercibida. No debemos usar las ideas de Lenin sin considerar lo que ocurrió más allá de su muerte. Lenin tenía razón cuando hablaba de la imperiosa necesidad de vencer la resistencia burguesa a los cambios, pero se equivocó en la manera de hacerlo. Como mínimo, debe cuestionarse algunos de sus métodos, no así su razón de ser.

Repito que no puedo estar más de acuerdo con Lenin cuando denuncia la democracia burguesa en dicho documento (*Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*), el cual recomiendo al lector encarecidamente porque ayuda a comprender cómo ocurrió la revolución rusa, y lo que es más importante, en muchos aspectos esenciales sigue plenamente vigente (en cuanto a la denuncia de la democracia burguesa por parte de su autor). El problema es que Lenin da a entender que además de expropiar a los burgueses, además de quitarles el poder político y económico (algo imprescindible), hay que implantar una democracia limitada, donde a

ciertos colectivos se les priva de ciertos derechos básicos, como el sufragio o ciertas libertades. En su libro *El Estado y la Revolución*, Lenin ratifica esto que digo (remito al libro [Los errores de la izquierda](#)). Y esto supuso un grave error pues sentó las bases para ir extirpando gradualmente la democracia. Así la democracia obrera fue gradualmente desapareciendo. Así, poco a poco, la dictadura *del* proletariado se convirtió en la dictadura *contra* el proletariado. El proletariado sólo puede ejercer su “dictadura” con la más completa democracia. Y la democracia no puede ser completa si en base a ciertos criterios ciertos sectores de la población son apartados de ella. La nueva democracia no debe consistir en quitar derechos a algunos, sino en que todos los tengan por igual. No hay que confundir quitar privilegios (como así debe hacerse cuando decimos que hay que despojar a la burguesía del poder económico y político), con quitar derechos. La verdad sólo puede abrirse camino con la más amplia libertad. El enemigo, la derecha, es necesario para la izquierda (remito a mi artículo [Izquierda vs. Derecha](#), que es un extracto del capítulo *Sin estrategia no hay cambio* de mi libro [La causa republicana](#)). Las ideas, las personas, los partidos, necesitan poder ser cuestionados para no degenerar. Lo que hay que garantizar es el enfrentamiento *igualitario* con el enemigo. No se trata de imposibilitar que éste nos cuestione, sino de posibilitar que cualquiera lo haga en igualdad de condiciones. Ésta es una de las grandes lecciones históricas que nos proporcionó la Revolución rusa de 1917.

Afortunadamente, poco a poco, dentro de la propia izquierda revolucionaria estas ideas de la necesidad de la más amplia y profunda democracia (que incluye, por ejemplo, el pluripartidismo, la libertad de prensa, la existencia de sindicatos independientes) van asentándose. No hay más que tener en cuenta, por ejemplo, el trabajo titulado *Democracia socialista y dictadura del proletariado*, el cual es la resolución adoptada en el XI congreso mundial de la Cuarta Internacional de 1979. En dicho esperanzador documento se llega a decir: *El marxismo, que es un pensamiento crítico por excelencia, sólo puede florecer en una atmósfera de libertad de discusión plena y entera, de confrontación constante con otras corrientes de pensamiento, es decir, en una atmósfera de pluralismo ideológico y cultural pleno y entero*. Si bien, se sigue sin romper definitivamente con el concepto de la dictadura del proletariado, no con su objetivo sino con la manera de alcanzar éste, con su implementación. Se sigue achacando la degeneración de la Rusia soviética a causas estrictamente materiales, despreciando los factores ideológicos, es decir, practicando un materialismo metafísico y no dialéctico. Se sigue defendiendo la idea de la necesidad de que el proletariado domine (lo cual me parece muy bien), pero se sigue usando la expresión “dictadura del proletariado” (lo cual me parece muy problemático), y se sigue de alguna forma defendiendo una democracia algo limitada, como cuando se habla de democracia *socialista* u *obrera* (craso error). Sin embargo, no cabe duda de que dicha resolución de la Cuarta Internacional es un claro paso en la dirección correcta. Vamos avanzando en el sentido de redefinir lo que debe ser la hegemonía del proletariado, pero aún insuficientemente. Hay que romper definitivamente con la idea de una democracia restringida, de una democracia “obrera”, hay que reivindicar la DEMOCRACIA, con mayúsculas, a secas, sin apellidos, la “general”, la única que puede beneficiar al proletariado, al pueblo en general. Y esa democracia *incluye* también la democracia obrera, la gestión democrática de la economía, de los medios de producción, ¡pero no la *restringe* a ella! Esa democracia incluye a los consejos obreros, o soviets, a las comunas incluso, pero también de alguna manera debe incluir al parlamentarismo, a

las representaciones a nivel estatal o regional de *toda* la población estatal o regional. La búsqueda de la democracia “general” no contradice la lucha de clases, al contrario, la hace más eficaz para el proletariado, posibilita que algún día superemos la sociedad clasista. Sólo es posible implementar exitosamente la lucha de clases, para las clases trabajadoras, para la mayoría, en el marco de la auténtica democracia, no clasista. Sólo en la democracia más absoluta y general, sin límite alguno, la lucha de clases irá progresivamente desapareciendo a medida que las clases lo vayan haciendo. Pero la democracia, cierto grado suficiente de democracia, es un prerequisite para eso. Afortunadamente, la izquierda revolucionaria latinoamericana, que se ha convertido en la vanguardia de la revolución socialista del siglo XXI, está superando las limitaciones dogmáticas del pasado. No hay más que fijarse en lo que se está intentando en Venezuela, en los escritos de Marta Harnecker sobre el proceso bolivariano, o en artículos como *La democracia socialista del siglo XXI* de Claudio Katz, por poner unos pocos ejemplos.

Desde hace ya cierto tiempo existe en la izquierda revolucionaria cierto debate acerca de cómo superar la sociedad burguesa, a la luz de las experiencias del “socialismo real”, cierto cuestionamiento del concepto de la dictadura del proletariado. No hay más que recordar, por poner un ejemplo, el debate producido en el Partido Comunista Francés a mediados de los años 70 del pasado siglo. Debate del que se hace eco Etienne Balibar en su libro titulado *Sobre la dictadura del proletariado*. El problema es que el debate ha sido, hasta ahora, insuficiente y ha tendido a rechazar de pleno dicho concepto, incluso su razón de ser, con el peligro consiguiente de caer en el vulgar reformismo que tan nefasto ha sido para la causa socialista. Existían dos tendencias opuestas dentro de la izquierda marxista: en una de ellas se tendía a desechar por completo la dictadura del proletariado, incluso su razón de ser, en la otra se la aceptaba acríticamente, tal cual fue concebida por Marx y Engels y “perfeccionada” por Lenin. Cualquier replanteamiento de la dictadura del proletariado va intrínsecamente unido a la cuestión del poder, a la cuestión de cómo vencer la resistencia de la burguesía a perderlo. No se trata sólo de una cuestión estratégica, tanto en el campo de la política como en el de la guerra ideológica, que también, sino sobre todo de resolver el problema fundamental de la toma del poder. No se trata tampoco sólo de alcanzar el poder político, sino de poder ejercerlo en dirección al socialismo, se trata también de evitar que se distorsione el poder popular y se pierda el rumbo al socialismo. La izquierda reformista alcanzó el poder político en muchos países, pero el capitalismo, lejos de superarse, se asentó. Lo que da la razón a quienes decían, como Lenin en su día, que era necesario transformar el Estado burgués, que no bastaba con conquistarlo, que era necesaria otro tipo de democracia. En cuanto a la necesidad de plantear la dictadura proletaria, mejor dicho, la *hegemonía* proletaria, no puede haber dudas. Como así lo han demostrado los hechos, como los fracasos de intentos revolucionarios por vías pacíficas, mediante las propias reglas de la democracia burguesa. La burguesía no se queda de brazos cruzados, no consiente que nadie la despoje del dominio de la sociedad. Basta recordar lo ocurrido, por poner unos pocos ejemplos, en España en 1936, en Chile en 1973, o en Venezuela en 2002. De lo que se trata, en esencia, es de cómo lograr la hegemonía del proletariado, partiendo de un sistema donde la burguesía, una clase minoritaria, ejerce su dictadura de clase. La cuestión fundamental consiste en lograr superar dicha dictadura burguesa. Podrán haber cambiado las formas, pero no el

fondo. En esencia, el problema sigue sin estar resuelto. En esencia, el planteamiento del problema es muy similar, sino idéntico, al ocurrido en la época de Lenin. Salvo el hecho, el crucial hecho, de que ha habido experiencias prácticas basadas en el concepto de la dictadura del proletariado. Estas experiencias deben ser consideradas. No podemos eludir ni el planteamiento de la cuestión del poder, ni la forma en que se ha intentado resolver en el pasado reciente, ni el resultado de las experiencias del “socialismo real”, ni el resultado de las experiencias socialdemócratas. Cualquiera de estas omisiones impide resolver el problema. Para resolver dicho problema debemos ir a la raíz del mismo, debemos llegar a la cuestión ideológica, debemos recuestionar, al menos en parte, al leninismo, incluso al marxismo. Pero no de cualquier manera. Hay que analizar en dichas ideologías, por qué se planteó la dictadura del proletariado, y en qué fue equivocada la solución propuesta. Debemos navegar en el mar de la teoría para encontrar contradicciones, incoherencias, y debemos contrastar la teoría con la práctica. Debemos, en definitiva, aplicar el método científico.

Que aspiremos a un Estado más democrático, es decir, más neutral, democrático, o sea, neutral, no contradice al marxismo en general, en cuanto a reconocer que el Estado, hasta el presente, ha sido clasista. Reconocer lo que ha sido hasta ahora no implica necesariamente pensar que sólo puede seguir siendo así. Hacerlo supone caer en el determinismo fuerte, en pensar que las condiciones *iniciales* determinan *por completo* el futuro. Que la burguesía proclame a bombo y platillo que el Estado actual es neutral no significa que lo sea, ¡pero tampoco que no lo pueda ser en el futuro! Sólo podremos superar el Estado clasista si, desde el principio, aspiramos a superarlo, si, desde el mismo campo de la teoría, pensamos que es posible superarlo. Todo esto, por supuesto, avalado por las experiencias prácticas. **Hasta que no intentemos la verdadera democracia, no podremos asegurar que el Estado sólo puede ser clasista. Hasta ahora lo ha sido porque no ha sido democrático, o porque lo ha sido sólo en apariencia o insuficientemente.** El Estado clasista es en verdad el Estado antidemocrático. El Estado clasista es el Estado dominado por una clase *minoritaria*. Una clase minoritaria sólo puede imponerse por la fuerza, mediante un Estado clasista, mediante una máquina diseñada para la dominación de la sociedad. Dichas clases minoritarias son las que lo necesitan imperiosamente, no las clases populares, no la mayoría trabajadora. El Estado democrático se nos aparece así, al menos en el campo de la teoría, como el posible Estado no clasista. ¡Pero esta idea sólo podremos comprobarla aplicándola! Necesitaremos suficiente democracia y suficiente tiempo para comprobar si es posible superar el Estado clasista. ¡Pero debemos intentarlo! *La única forma de descubrir los límites de lo posible es traspasarlos en dirección a lo imposible*, decía Murphy. O, como decía Bakunin: *Es soñando con lo imposible que el hombre ha realizado siempre lo posible. Los que se han conformado con lo que les parecía posible no han avanzado nunca de un solo paso.* Como estoy intentando demostrar en este libro, lo imposible no es un Estado no clasista, sino que la mayoría domine en un Estado clasista, lo imposible es usar una máquina de dominación para la emancipación, lo imposible es utilizar una máquina de reproducción de una sociedad clasista para superar la sociedad clasista. ¿Los hechos ocurridos en la URSS y en todos los regímenes herederos no apuntan, precisamente, a la idea de que la dictadura del proletariado imposibilita la superación de la sociedad clasista? ¿No hay claros indicios, basados en la práctica ocurrida, de que es necesario prescindir del Estado clasista?

En cualquier caso, lo que es obvio, es que la mayoría sólo puede dominar en el marco de la verdadera democracia. La mayoría no necesita, por lo menos a priori, las mismas trampas que las minorías, es decir, el mismo tipo de Estado, el Estado clasista (diseñado para que *a priori* una clase se imponga por la fuerza más o menos disimulada, de manera artificial). Con un Estado donde no se implementen ciertas leyes o normas que garanticen de antemano el dominio de una clase sobre otra, las clases populares acabarán imponiéndose, pero no por la fuerza. En un Estado auténticamente democrático, donde *todos* los ciudadanos, *todos* los partidos políticos, *todas* las ideologías (salvo aquellas que atenten contra los derechos humanos más elementales, más elementales, la propiedad privada de los medios de producción sociales no forma parte de dichos derechos elementales), tengan las *mismas* opciones, al cabo de poco tiempo se “impondrán” de manera natural las clases populares, simplemente porque son mayoría, además de porque la razón y la ética más elemental (incluso “burguesa”) están de su lado. Si no lo han hecho en las democracias burguesas, precisamente, es porque la proclamada igualdad *teórica* no se ha cumplido en la *práctica*. Al proletariado, a todos los trabajadores, les interesa dicha igualdad, les interesa llevarla a la práctica, no sustituir una desigualdad por otra. La mayoría no necesita la desigualdad y ésta entorpece al *poder del pueblo*. Si las clases populares compiten *en igualdad* frente a las otras clases, si las ideas socialistas pueden enfrentarse públicamente, en igualdad de condiciones, con casi total seguridad que los postulados que propugnan una sociedad más lógica, más razonable, más justa, más libre, tarde o pronto, no muy tarde, triunfarán. Estoy convencido de ello. También lo están las clases pudientes, por esto luchan tanto en contra de la auténtica democracia. La oligarquía sólo puede sobrevivir con oligocracia, bajo sus distintas formas. Las clases ricas sólo pueden gobernar mediante la plutocracia, la democracia las condena a la extinción. El Estado clasista es el diseño técnico de un sistema político plutócrata, en el cual sus principios básicos teóricos, proclamados para aparentar que se tiene una democracia, se incumplen sistemáticamente en la práctica porque se establecen mecanismos legales que contradicen dichos principios. Por ejemplo, mediante leyes electorales que atenten contra el principio elemental “una persona, un voto”. Por ejemplo, mediante leyes de financiación de partidos políticos que permitan la financiación de éstos por personas o empresas privadas (haciendo así que el poder político dependa del económico, es decir, incumpliendo el principio de la separación de poderes). Etc., etc., etc.

Las diferencias entre los distintos tipos de Estados clasistas que han existido hasta ahora a lo largo de la historia tienen que ver con el grado de sutileza o de disimulo con el que se ha impuesto artificialmente la clase minoritaria dominante de turno. La burguesía no ha tenido más remedio que elaborar más el disfraz de su dictadura. ¡Pero el proletariado, las clases trabajadoras, no necesitan ninguna dictadura para dominar la situación! ¡Ellas son mayoritarias! Esta diferencia es crucial. No puede obviarse o infravalorarse. El error del marxismo fue, precisamente, obviar o infravalorar esa diferencia sustancial, crítica. Podría discutirse si en la época de Marx o Lenin tendría quizás más sentido plantear el concepto de la dictadura del proletariado, si pensamos que la clase obrera no era todavía la inmensa mayoría de la población (y esto es muy discutible), pero en la actualidad, si entendemos por proletariado a todos los trabajadores asalariados de cualquier sector (incluso aunque sólo considerásemos a los trabajadores de las ciudades), indudablemente, la clase trabajadora es

mayoritaria. Si, además, consideramos proletarios a todos los trabajadores que también trabajan por cuenta propia pero que no tienen otros trabajadores a su cargo, es decir, los trabajadores autónomos, razón de más. Si, además, consideramos que los pequeños empresarios son casi proletarios porque sus intereses son también perjudicados por los de los grandes capitalistas (y ésta es una labor esencial de la izquierda: unir a todas las clases perjudicadas por la gran burguesía), razón de más. Si tuvo algún sentido el concepto de la dictadura del proletariado en el pasado (que en mi opinión tampoco), ahora, desde luego, no lo tiene, por ningún motivo. Porque ahora las clases trabajadoras son, indiscutiblemente, mayoría. Porque ha habido experiencias prácticas basadas en la dictadura del proletariado nefastas. Porque dicho concepto ha demostrado no servir a los intereses del proletariado. Etc., etc., etc. Aferrarse a dicho concepto es negarse a seguir evolucionando en el campo de la teoría revolucionaria, es obstaculizar la praxis revolucionaria. Es un error muy grave. Renunciar a dicho concepto no quiere decir renunciar a la hegemonía del proletariado, ni a la revolución socialista. ¡Al contrario! Significa posibilitarlos.

No podemos prescindir del Estado, de cierta organización centralizada de la sociedad, por lo menos a corto plazo. Pero, ¿qué impide implementar una verdadera separación de poderes, el mandato imperativo, el referéndum vinculante, el referéndum revocatorio, la libertad de prensa? ¿Por qué no combinar la democracia representativa con la directa? Si las clases trabajadoras (de cualquier sector de la economía: primario, secundario o terciario) conforman la gran mayoría de la sociedad, porque a pesar de los pesares, los trabajadores son mayoría, ¿por qué temer al sufragio universal? Que alguien haya tenido una mala experiencia con un hombre o una mujer no significa que deba renunciar a *todo* hombre o a *toda* mujer. Que el proletariado haya tenido, que lo siga teniendo, con cierto tipo de democracia, no significa que deba renunciar a *toda* democracia. Al contrario. Debemos aspirar a corregir los errores de las “democracias” que hemos “disfrutado”. Que alguien haya tergiversado ciertos conceptos no significa que debamos renunciar a ellos. Que la burguesía haya falseado la separación de poderes, la libertad de expresión, el sufragio universal o la libertad de reunión, no significa que debamos renunciar a ellos. Todo lo contrario. Debemos implementarlos, justo lo contrario de lo que ha hecho la burguesía. Uno de los grandes problemas de la degeneración del Estado soviético ruso fue la falta de separación de poderes, entendida ésta en su acepción más amplia. La identificación del partido único con el Estado y con el movimiento sindical sembró el terreno de la burocratización, de la dictadura burocrática (que concentró todo el poder) *contra* el proletariado. Cuanto menos esté concentrado el poder, menos probabilidad de que sea usurpado por los enemigos del pueblo. **Democracia es en el fondo descentralización del poder.**

Una vez superada la resistencia de la burguesía en contra de la democracia, de la verdadera, no debemos nosotros mismos autorrestringirnos, debemos retomar aquello que se pueda o deba reaprovechar de la democracia liberal e implementarlo eficazmente, no debemos caer en el error de rechazar *todo* de la democracia burguesa simplemente por el hecho de ser “burgués”. De esto se trataba esencialmente cuando se planteó la revolución socialista: de continuar la labor iniciada por la burguesía allá a finales del siglo XVIII, de emancipar a *toda* la sociedad, de librarnos de *cualquier* yugo que nos oprima, no de sustituir uno por otro. Y esto sólo puede hacerlo la mayoría explotada. Y sólo puede hacerlo mediante el *poder del pueblo*. **La izquierda debe**

prioritariamente luchar por la democracia y debe concienciar al pueblo de su posibilidad y necesidad. Debe concienciar a todos los trabajadores, de cualquier condición, de que a pesar de las apariencias, siguen siendo explotados, de que estar endeudado y dar por herencia a los hijos las hipotecas es una nueva forma de explotación, de que estar viviendo con el miedo permanente a perder el empleo o la vivienda, es otra forma de dominación. De que pudiendo vivir mejor y más tranquilamente, como así puede hacerlo en general la humanidad con el grado de desarrollo científico y tecnológico que ha alcanzado, y no hacerlo, es otra forma de alienación. Los bienes que gracias a, o a pesar del, capitalismo tenemos no eliminan nuestra alienación, simplemente le dan otra apariencia, la suavizan, nos hacen aceptarla. La izquierda debe hacerle ver al ciudadano el fondo de las cuestiones, su esencia más profunda.

Hay que marcar distancias contundentemente respecto de los errores del pasado, no así de los aciertos. Hay que seguir reivindicando una sociedad mejor, hay que seguir luchando por el socialismo, hay que seguir proclamando la necesidad de superar el capitalismo, pero al mismo tiempo diciendo que hay que hacerlo mediante la democracia más absoluta e ilimitada, al mismo tiempo hay que criticar el falso camino tomado en el pasado. **No hay que tener miedo de reconocer públicamente los errores cometidos en el pasado, al contrario, el hacerlo nos posibilitará el recuperar la credibilidad necesaria ante el pueblo. Sólo así la izquierda revolucionaria podrá resurgir con fuerza.** Hay que seguir reivindicando el marxismo, pero despojándolo de sus errores. Lo mismo podemos decir del anarquismo, incluso de las ideas de la Ilustración. Hay que aprender de los errores del pasado. Hay que corregir los errores ideológicos y hay que cambiar de estrategias. Flaco favor le hacemos a Marx o a Lenin, sobre todo a nosotros mismos, si entramos en el juego (que tan bien le viene a la burguesía) de aceptar o rechazar *por completo, en bloque, todo* lo incluido en el marxismo o en el leninismo, o incluso en el anarquismo. Al entrar en ese juego, la burguesía tiene asegurada la victoria ideológica (además de por la ventaja que tiene, por el control que ostenta de la sociedad). Si nosotros decimos que *todo* lo dicho por Marx o Lenin es correcto (además de ser erróneo, poco creíble), se lo ponemos muy fácil a la burguesía pues ésta puede responder que *todo* es incorrecto, puesto que así hablaron los hechos. Ese reduccionismo, ese simplismo, beneficia a la burguesía que se ve avalada por los hechos. Ella cuenta con el fracaso real de las experiencias inspiradas en el marxismo-leninismo. Nosotros, desde la izquierda, debemos admitir ese fracaso, pero debemos analizarlo de la manera más justa y correcta posible, para concluir que se produjeron errores pero que la esencia de lo perseguido sigue siendo legítima y vigente, pero que no *todo* lo dicho por el marxismo o el leninismo, como no todo lo dicho por cualquier ideología en general, es erróneo. Al contrario, los errores que haya habido, aun habiendo sido graves, no invalidan los grandes aciertos del marxismo, del leninismo, del anarquismo, o incluso del liberalismo (que algunos tiene también, aunque menos).

Nadie es poseedor absoluto de la verdad. Hay que coger un poco de aquí y un poco de allá, pero tampoco de cualquier manera, siempre que lo cogido sea en conjunto coherente. Eso es lo que hizo también Marx cuando desarrolló sus ideas, se basó en las anteriores, las seleccionó cuidadosamente. Tomó de Hegel la dialéctica pero la despojó del error del idealismo. Tomó de sus antecesores utópicos franceses las ideas

del socialismo pero las despojó del idealismo, del utopismo, las convirtió en científicas, y por tanto en posibles. Tomó de sus antecesores el materialismo pero le añadió el toque de la dialéctica, tomada de Hegel. Y a todo ello le dio una gran coherencia, pero no libre de algunas contradicciones. Debemos seguir haciendo esa labor de “cocinero” de ideas. Al mezclar los ingredientes cuidadosamente seleccionados podemos dar un importante salto, podemos “inventar” una nueva sopa, una mejor. Podemos alcanzar cierta síntesis dialéctica, dicho en plan pedante. Nuestra labor sólo es posible mediante el método científico y la más absoluta libertad de pensamiento, como así hizo Marx. Éstos son nuestros utensilios básicos. Debemos usarlos siempre y de la manera más amplia posible. Sólo así podemos evolucionar ideológicamente. Sólo así Marx possibilitó un gran salto ideológico. Sin nunca perder de vista el contexto material que, sin duda, también lo possibilitó. Todas las ideas son, en última instancia, efecto de las condiciones materiales de existencia, presentes y pasadas, ¡pero también de las ideas que las preceden!

En dicha resolución de la Cuarta Internacional de la que hablábamos antes se dice:

La teoría marxista del Estado no incluye en modo alguno la concepción de que un sistema de partido único sea una condición previa necesaria o una característica del poder de los trabajadores, del Estado obrero, o de la dictadura del proletariado. En ningún escrito teórico de Marx, de Engels, de Lenin o de Trotsky, ni en ningún documento programático de la III Internacional en tiempos de Lenin, aparece en parte alguna esta defensa del sistema del partido único.

Cierto, pero yo añado que aunque en la teoría marxista del Estado se dijera que el partido único es un pre-requisito para el nuevo Estado proletario, eso no debería impedirnos criticar el sistema de partido único. Es más, Lenin no dijo explícitamente que se necesitaba un partido único, si bien él contribuyó, como mínimo, en la práctica, a que lo hubiera, incluso antes de la llegada de Stalin al poder. El mismo Lenin se dio cuenta de su error y se planteó el reponer el pluripartidismo, incluso cierta separación de poderes, como nos explica Moshe Lewin en su libro *El último combate de Lenin*. Pero ya era demasiado tarde, su enfermedad y su muerte prematura le impidieron luchar contra las crecientes deformaciones burocráticas del Estado proletario. Por otro lado, Marx y Engels no explicaron suficientemente en qué debía consistir la dictadura del proletariado. No hablaron de partido único, pero tampoco aclararon si el pluripartidismo era imprescindible o no. No se pronunciaron ni en un sentido ni en otro. Y eso dio pie a peligrosas interpretaciones. Uno de los principales problemas con el concepto de la dictadura del proletariado fue su inconcreción, su ambigüedad. ¡Y este error se pagó muy caro! Aún lo estamos pagando.

Desde la izquierda debemos ser siempre coherentes. De la misma manera que reivindicamos el método científico, el librepensamiento, para comprender y transformar la sociedad, debemos usarlos para comprender nuestros fracasos y superarlos. Nosotros siempre debemos buscar la verdad. Siempre debemos ir con la verdad por delante. Lo cual tampoco impide hacerlo de manera hábil, usando ciertas estrategias astutas e inteligentes que sorteen los obstáculos que nos impone la oligarquía en la guerra ideológica.

Hasta aquí el extracto del libro. Tal vez, sea un buen momento en este centenario de la muerte del líder de la revolución proletaria más importante de la Historia (al menos hasta el presente) para reavivar el debate ideológico en la izquierda transformadora, que falta hace. Espero, humildemente, haber contribuido a este necesario debate. El capitalismo ha madurado desde la época de Lenin, y si ya éste en su época pensó que estaba suficientemente maduro para intentar superarlo (según algunas opiniones una de las causas del fracaso de la Unión Soviética es que en verdad todavía no lo estaba, sobre todo en Rusia), indudablemente, ahora lo está mucho más.

El desastre ecológico ya no puede pasar desapercibido. Como tampoco, que el capitalismo, cuando no tiene un sistema que intente oponerse a él, cuando no se siente amenazado, vuelve a las andadas. No por casualidad las desigualdades sociales se han disparado en los últimos tiempos, la “democracia” burguesa retrocede, los derechos más básicos de la mayor parte de la población menguan, la calidad de vida de la mayoría de la gente empeora, las guerras no desaparecen, al contrario, incluso volvemos a sentir la amenaza del holocausto nuclear, algo que se supone que iba a desaparecer tras la caída del muro de Berlín. El capitalismo parece estar llegando a su callejón sin salida, sus irresolubles contradicciones hacen cada vez más frecuentemente acto de presencia, y de manera más intensa. La izquierda auténtica debe prepararse para superarlo lo antes posible. La oligarquía no renunciará nunca a sus privilegios. Y el posible colapso por sí solo del actual sistema podría arrastrar en su caída a la propia civilización humana. Ya no se trata sólo de luchar por un sistema mejor, sino que también por la supervivencia de la humanidad. Democracia o barbarie. O, quizás, peor aun, democracia o autoextinción.

10 de febrero de 2024

José López

<https://joselopezsanchez.wordpress.com/>